

DISCURSO DE LUIS RAMIRO BELTRAN SALMON AL RECIBIR
LA CONDECORACION DEL "CONDOR DE LOS ANDES" EN
BOGOTA EL 19 DE DICIEMBRE DE 1983

Excmo. Sr. Presidente de la República de Colombia,
Dr. Belisario Betancur Cuartas

Excmo. Sr. Presidente de la República de Bolivia,
Dn. Hernán Siles Zuazo

Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia,
Dr. Rodrigo Lloreda Caicedo

Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia,
Dr. José Ortiz Mercado

Excma. Sra. Embajadora de Bolivia en Colombia,
Doña Lidia Gueiler Tejada

Señores Embajadores:

Señoras y Señores

De asombro en asombro viaja mi corazón en estos días. En un amanecer de principios de noviembre una voz desconocida pero cálida me anunció desde Bolivia que se me había otorgado en Canadá el Premio MacLuhan-Teleglobe. Pocos días después otra voz amiga, llamando también desde la patria, me leyó la noticia de que se me había conferido además la Condecoración del Cóndor de los Andes. Y hoy tengo el privilegio de que esta determinación se materialice aquí, ante la presencia del propio Presidente de la República de Bolivia, el doctor Hernán Siles Zuazo. Así, cuando todavía no ha cesado mi alborozo por el premio internacional de comunicación que acabo de recibir en Ottawa, me invade ahora el júbilo indescriptible de recibir en mi querida Colombia la máxima distinción nacional de mi país.

Es tan grande la felicidad que la entrega de este galardón genera en mí que temo no atinar a expresar a plenitud y cabalmente los sentimientos que me embargan. No aspiré a un premio internacional que, de por sí, ni siquiera existía hace apenas un año. Y, si bien la Condecoración del Cóndor de los Andes existe en cambio desde hace muchos años, nunca pensé que yo pudiera hacer nada que me hiciera merecedor de ella. Enterarme de que me había sido concedida fue, pues, la mayor y más grata sorpresa de mi vida. Aun en este instante, cuando ya es una realidad que las alas del ave sagrada de mi patria reposan en mi pecho, prevalece en mí una sensación que más bien linda un poco con el ensueño. Porque recibir un honor tan alto tiene, para mí, algo de prodigioso, especialmente para quien ha pasado físicamente alejado de la patria muchos años.

Recibo, pues, con inefable satisfacción y con el más profundo agradecimiento este preciadísimo galardón que el Gobierno y el Pueblo de Bolivia tan generosamente me confieren, por disposición del señor Presidente de la República, por conducto del Señor Canciller de la República, cuyas nobles palabras aprecio en todo su valor.

Quiero pensar que recibo el "Cóndor de los Andes" también en nombre de otros comunicadores de mérito que hay en Bolivia. Pienso así porque sé del tesón con que muchos de ellos cumplen en el anonimato de la ardua lucha diaria una labor de ejemplar

servicio a la nación y a la causa democrática. Me refiero, por ejemplo, a los maestros rurales desparramados por las soledades de nuestro cruenta geografía. A los agentes de divulgación agrícola que llevan mensajes de avanzada al campesino. A los educadores de masas que pueblan los aires de la patria con sus escuelas radiofónicas. A los radialistas indígenas que tomaron el micrófono en sus manos para forjar una vital alternativa de comunicación democrática frente a la inercia estatal y al desinterés privado ante sus legítimas necesidades de comunicación. A los programadores y locutores de las radios mineras que dicen su palabra a veces al precio de la propia vida. A los obreros gráficos y a los técnicos de telecomunicaciones. A los inquietos investigadores. A los forjadores de un gran cine comprometido y testimonial que ha dado lustre a Bolivia en el mundo. A los hombres de radio y televisión que trazan la imagen audiovisual de la nación. A los periodistas que luchan sin desmayo y con coraje contra los totalitarismos de uno y otro origen, contra todos los enemigos de la libertad de la justicia y de la dignidad. Y a los que forman en las aulas los nuevos herederos de los "chasquis" ancestrales.

Séame, pues, permitido, compartir con todos estos colegas, a los que mucho admiro, el placer de esta maravillosa recompensa a nuestro oficio, baluarte postrero de los últimos quijotes.

Multilingüe y con su gran territorio dislocado, Bolivia, tiene problemas de comunicación más graves que los que afectan a otros

países. Un siglo y medio después de fundada la república, una profunda revolución social logró al fin sentar las bases para que podamos llegar a constituir una verdadera nación. Redimiéndola de la vil explotación que padeciera por siglos, incorporó a la condición humana a la gran masa campesina autóctona que constituye la mayoría del país y la honda raíz cultural de la patria de hoy. Sin embargo, ese campesinado aún continúa en un estado de casi incomunicación tanto en su propio interior como respecto del resto de los bolivianos. Así no podremos llegar a constituir una auténtica nación.

Temo que tampoco alcanzaremos ese ideal de plenitud cívica si independientemente de nuestro origen étnico, insistimos en perpetuar el monólogo y descartar el diálogo en nuestra vida social y política. La desunión prospera allá donde no se da una verdadera comunicación entre los seres humanos. Los bolivianos pareciéramos empeñados en no conversar entre nosotros. A menudo domina fatalmente el lenguaje de la violencia; impera muchas veces la voz de las armas. No queremos escuchar al prójimo. No sabemos tolerar a quien piensa o siente distinto que nosotros. Nos cuesta ceder y tranzar, preferimos cegarnos y tratar de imponer.

Hay, pues mucho que hacer para que llegue a primar entre nosotros un régimen de comunicación más humano y eficaz que nos ayude a forjar la auténtica hermandad con que soñaron los padres fundadores de nuestra nacionalidad. Y yo sé que, por encima de cualquier

infortunio, nuestro pueblo invencible y eterno ha de lograr forjar esa patria.

Patria que llevo profundamente inscrita en el alma. Patria que viaja conmigo por muchos caminos de la tierra, dándome identidad y aliento, congoja y alegría, obstinada esperanza. Patria que circula por mis venas por encima de todas las distancias. Patria dueña del sol.

Tierra de cambas y collas. De kantutas y amancayas. De estaño y de charango.

Patria atormentada por propios y ajenos. Patria incomunicada con el mundo por el despojo del mar. Patria de sal cautiva, como dijera el poeta. Dulce tierra del viento y la nieve. Patria de los amantes desenfrenados de la libertad que ensalzara Bolívar. Patria impermutable e inextinguible.

A esa patria pertenezco, a mucha honra y con dicha. Y a esa patria dedico hoy con irrevocable adoración el premio que consagra a mi oficio entre los grandes oficios del mundo. A cambio de esta humilde entrega llevaré para siempre con orgullo junto a mi corazón el ave majestuosa que ilumina el firmamento de América.